

**PARTIDISMO NEGATIVO: IMPLICACIONES ÉTICO
POLÍTICAS EN LA TRANSICIÓN A LA
‘POLARIZACIÓN AFECTIVA’**

**NEGATIVE PARTISANSHIP: ETHICAL POLITICAL
IMPLICATIONS IN THE TRANSITION TO ‘AFFECTIVE
POLARIZATION’**

E. Joaquín Suárez-Ruiz¹

Universidad Nacional de La Plata, CONICET

Recibido: 23/05/2024 - Aceptado: 15/07/2024

Resumen: Si bien es posible argumentar que la polarización política no es negativa en sí misma, sí lo es cuando deviene en una ‘polarización afectiva’, es decir, cuando en el debate político la toma de decisión racional y el cotejo de evidencias quedan subordinados a una constante predominancia de sesgos cognitivos y apelaciones de orden emocional. Este tipo de polarización posee impacto en, por lo menos, dos órdenes: a nivel político, el alto grado de rechazo hacia el partido opositor dificulta, e incluso impide desde un principio, la posibilidad de algún tipo de acuerdo o coincidencia; a nivel ético, se habilitan ciertas ‘licencias morales’ para con los miembros del polo opuesto, es decir, niveles de agresividad que no serían admisibles para con los miembros intragrupal. Una de las causas centrales en el aumento de la polarización afectiva es el ‘partidismo negativo’, esto es, una repulsión de tipo afectivo hacia el partido externo que, a nivel de las identidades ideológica y partidista, puede llegar a ser incluso más relevante que el apego al partido propio. En este artículo se profundizará en sus características, fenómenos asociados e implicaciones ético políticas.

Palabras clave: polarización política, clasificación partidista-ideológica, clasificación sociopartidista, indignación moral, deshumanización

Abstract: Although it is possible to argue that political polarization is not negative in itself, it is when it becomes ‘affective polarization’, that is, when in political debate rational decision-making and the collation of evidence are subordinated to a constant predominance of cognitive biases and emotional appeals. This type of polarization has an impact on at least two

¹ jsuarez@fahce.unlp.edu.ar

levels: at the political level, the high degree of rejection towards the opposition party makes it difficult, and even prevents from the beginning, the possibility of some type of agreement or coincidence; At an ethical level, certain ‘moral licenses’ are enabled with members of the opposite pole, that is, levels of aggressiveness that would not be admissible with intragroup members. One of the central causes in the increase in affective polarization is ‘negative partisanship’, that is, an emotional repulsion towards the external party that, at the level of ideological and partisan identities, can become even more relevant than attachment to one's own party. This article will delve into its characteristics, associated phenomena and ethical-political implications.

Keywords: political polarization, partisan-ideological sorting, socio-partisan sorting, moral outrage, dehumanization

I. Introducción

El aumento de la ‘polarización política’, esto es, la existencia de una distancia cada vez mayor entre los dos extremos del espectro ideológico de una sociedad, el progresista y el conservador (también denominados coloquialmente como “izquierda/derecha”), no es un fenómeno exclusivo de estas latitudes sino presente en distintas regiones del globo (McCoy, Rahman y Sober, 2018). Aunque este tipo de polarización no es negativo en sí mismo (p. ej., Lupu, 2015; LeBas, 2018), se vuelve particularmente problemático cuando su incremento va asociado a niveles de agresividad cada vez más altos entre los miembros de los grupos enfrentados. Así, un aumento irrestricto de la polarización política, dado el incremento de los desacuerdos profundos y, consecuentemente, el nivel de conflictividad social que favorece, puede poner en riesgo las bases de la democracia (p. ej., Arbatli y Rosenberg, 2021; Pérez Zafrila, 2022).

En las últimas décadas, con el fin de conceptualizar sus características y hallar soluciones plausibles, ha comenzado a asentarse el estudio comparativo de las sociedades polarizadas, esto es, investigaciones focalizadas en sacar a la luz las semejanzas entre los distintos tipos de polarización, abstrayéndolas de las particularidades de los contextos específicos². Un tema de particular interés es el examen de las

² La abstracción de las particularidades contextuales conlleva también, obviamente, limitaciones. Por ejemplo, para hallar soluciones al constante

posibles causas del aumento de la polarización. Siguiendo a Gidron, Adams y Horne (2018), por ejemplo, hay por lo menos cuatro hipótesis causales. El aumento de la polarización puede deberse a la influencia de: (1) el incremento en la desigualdad de ingresos, (2) el incremento del nivel de desempleo, (3) una presencia marcada de ‘instituciones mayoritarias’³ o (4) la polarización ideológica de la ‘élite política’. Este artículo se centrará en el posible influjo de la última causa mencionada.

Aunque se trata de una categoría amplia en la que se incluyen “individuos y grupos pequeños, relativamente cohesivos y estables, con un poder desproporcionado que le permite afectar los resultados políticos nacionales y supranacionales de manera continua” (Best y Higley, 2018: 3)⁴, el componente principal y más influyente de la ‘élite política’ son los ‘partidos políticos’. En relación con el vínculo entre ciudadanía y élite política, no hay consenso respecto de cuál sea, en general, la causa del aumento de la polarización. Lo más probable es que resulte de una retroalimentación o *feedback* entre ambas partes, donde en algunos casos la élite política será un vector más importante de polarización y en otros la ciudadanía. No obstante, según se argumentará más adelante, hay claros indicios de que la élite política en general y el ‘partidismo’ en particular representan vectores causales importantes de los contextos altamente polarizados.

Ahora bien, ¿qué se entiende por ‘partidismo’ en el marco de la literatura sobre polarización política? Una definición usualmente utilizada es la de “un conjunto de creencias y sentimientos que culminan en un sentido de ‘apego psicológico’ a un partido político” (Huddy, Mason y Aarøe, 2015; retomando la definición previa de Campbell *et al.*, 1960; para una definición similar: Dalton, 2016). A su vez, el ‘partidismo’ está compuesto por dos aspectos complementarios: por un lado, el

aumento de la polarización política en cierta región sería necesario considerar las características de la polarización local. No obstante, una conceptualización general, como la realizada en este artículo, puede contribuir a comprender con mayor claridad la naturaleza del fenómeno y, complementariamente, servir como un punto de partida sólido para un análisis situado.

³ Los autores distinguen entre ‘instituciones mayoritarias’, que tienden a concentrar la formulación de políticas en manos de un solo partido, e ‘instituciones consensuales’, que tienden a dispersar la autoridad en la formulación de políticas entre múltiples partidos.

⁴ Esta definición reciente está inspirada en la de C. Wright Mills, generalmente supuesta en la literatura sobre polarización, según la cual la élite de poder es un “grupo de alto estrato capaz de tomar decisiones en cuestión de cultura política o estructura política concreta que monopoliza el poder político, influye en las principales normas políticas y ocupa todos los puestos importantes de mando político” (Mills, 2020 [1956]).

favoritismo para con el polo de pertenencia -‘partidismo positivo’- y, por otro lado, una *hostilidad* o fuerte aversión hacia el polo antagonista -‘partidismo negativo’-. En grados avanzados, mientras que el nivel de ‘partidismo positivo’ permanece constante, el ‘partidismo negativo’ continúa aumentando (Robison y Moskowitz, 2019), lo cual se traduce en una sostenida actitud negativa hacia los miembros extragrupal que termina por exceder las características de una oposición política basada en preferencias u opiniones de agentes ‘racionales’ (Ridge, 2020). En la literatura especializada, esta situación se denomina ‘polarización afectiva’ (Iyengar *et al.*, 2019). Este tipo de polarización posee impacto en, por lo menos, dos órdenes: a nivel político, el alto grado de rechazo hacia el partido opositor dificulta, e incluso impide desde un principio, la posibilidad de algún tipo de acuerdo o coincidencia; a nivel ético, se habilitan ciertas ‘licencias morales’ para con los miembros del polo opuesto, esto es, niveles de agresividad que no serían admisibles para con los miembros intragrupal.

Teniendo en cuenta este breve estado de la cuestión, el desarrollo de este artículo, en primer lugar, estará dedicado a ahondar en las características del ‘partidismo negativo’, una causa que muestra ser cardinal en la transición de una polarización política no problemática a una polarización de tipo afectivo. Para ello se detallará lo que la investigadora Lillian Mason denomina ‘clasificación partidista-ideológica’ (2015), esto es, la progresiva convergencia entre las identidades ideológica y partidista de los individuos enmarcados en un contexto altamente polarizado. Esta clasificación posee, a su vez, un nivel de gravedad mayor: la ‘clasificación sociopartidista’ (Mason y Davis, 2015). En segundo lugar, se describirá una emoción moral de particular relevancia en contextos polarizados, la ‘indignación moral’, y cómo, al combinarse con la clasificación partidista-ideológica, puede favorecer una actitud deshumanizante de los miembros del partido opuesto. Ambos puntos tienen el propósito general de llamar la atención sobre las consecuencias negativas de una polarización política en paulatino aumento y, complementariamente, de la urgencia de hallar estrategias que habiliten una disminución de dicha polarización o, al menos, la no contribución a su incremento⁵.

⁵ Este artículo es una continuación de una indagación previa de las implicaciones éticas y políticas de la polarización afectiva (Suárez-Ruiz, 2021).

II. Individuos ‘clasificados’ por (y para) el partidismo negativo

Para comprender el origen y las características del ‘partidismo negativo’ es necesario, en principio, entenderlo como un tipo de ‘identidad social’ (Bartels, 2002; Campbell *et al.*, 1960; Green, Palmquist y Schickler, 2004; Iyengar, Sood y Lelkes, 2012; Malka y Lelkes, 2010). Una caracterización general e introductoria de la noción ‘identidad social’ es la que la comprende como “las muchas formas en que las personas se conectan con otros grupos y categorías sociales”, donde algunas de ellas son las “identidades étnicas y religiosas, políticas, vocaciones y aficiones, relaciones personales y grupos estigmatizados”⁶ (Deaux, 1994: 2). A su vez, una ‘identidad social’ no es solamente un conjunto de creencias, sino que posee un correlato en el comportamiento y las emociones del individuo (Brewer, 1999; Brewer y Pierce, 2005; Mackie, Devos y Smith, 2000; Smith, Seger y Mackie, 2007; Tajfel y Turner, 1986).

Sobre el estudio de ‘identidades sociales’ Richard Jenkins advierte:

(...) la identidad es una cuestión de procesos de identificación que no determinan, en ningún sentido, lo que hacen los individuos. El comportamiento individual es una combinación compleja y en constante evolución de planificación, improvisación y hábito, influenciada por las respuestas emocionales, la salud y el bienestar, el acceso a los recursos, el conocimiento y la visión del mundo, el impacto del comportamiento de los demás y otros factores. Es probable que la pertenencia a un grupo y la identidad desempeñen un papel, pero no se puede afirmar que ‘determinen’ nada. (2014: 10)

De esta cita se desprende que, por un lado, en relación con las ‘identidades sociales’ resulta más adecuado hablar de factores ‘condicionantes’ de una identidad, no ‘determinantes’. Por otro lado que, respecto del concepto ‘identidad’, aunque pueda suscitar la idea de una entidad fija, se refiere sobre todo a un ‘proceso’ y no a una ‘cosa’. De allí que algunos investigadores prefieran hablar de ‘identificación’, para así dar cuenta de este

⁶Una definición más tradicional sería la de Henri Tajfel, uno de los representantes más importantes de la teoría de la identidad social, quien la entiende como “el conocimiento que se tiene de pertenecer a determinados grupos sociales y el significado emocional y evaluativo que resulta de esta pertenencia” (1972: 292). Dado que los individuos no siempre poseen ‘conocimiento’ de los grupos sociales a los que pertenecen, puede resultar hoy un poco problemática.

dinamismo (p. ej., Brubaker y Cooper, 2000). En definitiva, siendo que “tanto ‘identidad’ como ‘identificación’ son sustantivos y, por lo tanto, potencialmente vulnerables a la cosificación, lo importante es cómo escribimos y hablamos sobre ellos (...)” (2014: 16).

Otro punto relevante a tener presente es que la ‘identidad’, en cuanto resultado de un proceso de identificación, es una cuestión de ‘categorización externa’ y de ‘autoidentificación interna’ (Jenkins, 2014: 13). Es decir, para estudiar la emergencia de una identidad partidista resulta significativo prestar atención tanto al condicionamiento del ambiente en el que el individuo se encuentra (categorización externa), como a los procesos de internalización que injieren en sus creencias, emociones y comportamientos de manera más o menos estable (autoidentificación interna). Siendo que toda ‘identidad social’ depende de una articulación entre el nivel individual y social, ambos procesos son complementarios y están estrechamente ligados, tanto así que resulta difícil distinguir cuándo estaría sucediendo uno u otro.

Habiendo definido los aspectos generales de una ‘identidad social’, para comprender la ‘identidad partidista negativa’, en particular, es preciso traer a colación las dos identidades sociales que la conforman: la ‘ideológica’ y la ‘partidista’. Por un lado, la ‘identidad ideológica’, en los términos ya utilizados, se relaciona con una cercanía mayor o menor a las ideas características del conservadurismo o a las del progresismo; por otro lado, la ya mencionada ‘identidad partidista’, en sentido amplio, se relaciona con un ‘apego psicológico’ a largo plazo al partido político preferido (Huddy, Mason y Aarøe, 2015; Dalton, 2016).

Las identidades ideológica y partidista no necesariamente coinciden, sino que, comprendiendo que la primera precisa ser entendida como un espectro (se puede ser progresista en relación con ciertos tópicos de relevancia política pero conservador en otros), cierta flexibilidad entre ellas favorece identidades políticamente moderadas (alejadas de los extremos). El problema reside en que en las sociedades afectivamente polarizadas la flexibilidad es mucho menor. Atendiendo a los resultados de su investigación, Lilliana Mason (2015) sostiene que existen dos variables en particular que impulsan la polarización, a saber, (1) la fuerza de la identificación partidista y (2) el alineamiento entre identidad partidista e ideológica. Según la investigadora, si bien el ‘partidismo’, en general, suele correlacionarse con un nivel de emocionalidad alto incluso en

moderados⁷, la situación cambia cuando la identificación y el alineamiento se profundizan:

La fuerza de la identificación de una persona con su partido afecta cuán sesgada, activista y enojada esté esa persona, incluso si su posición ideológica sobre tópicos particulares sea moderada. A su vez, cuando las identidades partidistas e ideológicas se alinean, dicha alineación es capaz de motivar aún más sesgo, activismo e ira (...). (Mason, 2015: 141)

A medida que aumenta la identificación partidista y las identidades ideológica y partidista se alinean surge una ‘clasificación partidista-ideológica’ (*partisan-ideological sorting*), punto en el cual ambas identidades terminan por coincidir. A su vez, a medida que aumenta el nivel de ‘clasificación’ (*sorting*) de una persona, “sus niveles de activismo y extremismo sobre tópicos particulares se acrecientan, pero sus niveles de favoritismo partidista e ira aumentan sustancialmente más” (Mason, 2015: 141). En condiciones de un nivel alto de clasificación partidista-ideológica, no sólo se polarizan las evaluaciones de orden político de un individuo, sino también sus emociones y sus comportamientos (Brewer y Pierce, 2005; Roccas y Brewer, 2002). Esto se debe a que la clasificación tampoco se limita a las identidades ideológica y partidista, sino que influye en la identidad personal en sentido amplio. Es por las características de la clasificación partidista-ideológica en sociedades polarizadas que:

(...) un partidista se comporta más como un aficionado a los deportes que como un banquero que elige una inversión. Se sienten emocionalmente conectados con la prosperidad del partido, prefieren pasar tiempo con otros miembros del partido y, cuando el partido se ve amenazado, se enfurecen y trabajan para ayudar a vencer la amenaza, incluso si no están de acuerdo con algunas de las posiciones adoptadas por el partido. La conexión entre partidista y partido es emocional y social, además de lógica. (Mason, 2015: 129)

Según Mason, el nivel lógico o racional es un componente que está presente en la identidad partidista, pero es, al mismo

⁷ Para un análisis detallado del impacto de la afectividad negativa en sentido amplio a nivel ético y político en las democracias contemporáneas, véase Lariguet, 2023; Maldonado, 2016.

tiempo, complementario de influencias sociales y, particularmente, emocionales. El problema principal surge cuando, en condiciones de una polarización de tipo afectivo, el nivel emocional no sólo es complementario al lógico, sino que el último termina por quedar subordinado al primero (Iyengar *et al.*, 2019). De allí que el partidista, en un contexto altamente polarizado, tienda a comportarse cada vez más como un ‘hincha’ que como un individuo que analiza su contexto mediante el pensamiento racional y el cotejo de evidencias. En este punto vale remarcar lo siguiente: el ‘apego psicológico’ que caracteriza a la identidad partidista no es necesariamente negativo. El problema es que cuando el vínculo afectivo con un partido se da en un contexto altamente polarizado no sólo implica una fuerte cohesión intragrupal, sino también, complementariamente, una aversión extragrupal que suele ser acompañada de una hostilidad creciente para con los miembros del partido opuesto.

A nivel psicológico, la identidad partidista en condiciones de una polarización alta favorece el efecto de ‘sesgos cognitivos’, entendidos a grandes rasgos como “una amplia gama de desviaciones de lo que comúnmente se considera juicio y decisiones puramente racionales” (Ehrlinger *et al.*, 2016). Particularmente, y siguiendo Santoso (2020: 296), es posible identificar dos tipos generales de sesgos cognitivos característicos⁸:

1. Sesgo de confirmación (*confirmation bias*): consiste, en el marco de sociedades polarizadas, en una tendencia a buscar información favorable sobre el partido propio e información desfavorable sobre el partido externo⁹.
2. Sesgo de refutación (*disconfirmation bias*): consiste en una tendencia a no actualizar las creencias previas para así evitar hechos que las puedan contradecir. Por ejemplo, la búsqueda de información que permita descartar la creencia de que existen ciertas acciones inmorales perpetradas por

⁸Una forma más metafórica, y muy anterior a la de Santoso, de señalar el efecto de sesgos cognitivos en el partidismo es la ‘pantalla partidista’ de Campbell *et al.* (1960), quien la caracteriza como “una pantalla perceptiva a través de la cual el individuo tiende a ver lo que es favorable a su orientación partidista”.

⁹En este caso se trata, claro está, del sesgo de confirmación en el marco de un contexto políticamente polarizado. Una definición más amplia sería en cuanto la tendencia cognitiva a buscar, interpretar y/o recordar información de manera tal que dificulte o incluso impida la posibilidad de que cierta creencia previa sea rechazada (Oswald y Grosjean, 2004: 79).

representantes del partido propio¹⁰.

Vale resaltar que estos sesgos también ejercerían su efecto en el partidismo en general, justamente, por el ‘apego psicológico’ que lo caracteriza. No obstante, de nuevo, el problema de los contextos altamente polarizados es la preponderancia del aspecto emocional en el debate político, particularmente relacionado con un aumento del partidismo negativo y, consecuentemente, una hostilidad intergrupala cada vez más patente. Dicho escenario genera un ámbito propicio para el tipo de sesgos recién mencionados, mucho más que lo que podrían influir en una identidad partidista en el marco de una sociedad con niveles bajos de polarización. Así, teniendo en cuenta esta preeminencia de lo emocional o, en términos más específicos, del efecto de ‘sesgos cognitivos’, ya no es adecuado continuar suponiendo, como sostenía Mason, que el nivel ‘racional’ y el ‘emocional’ poseen la misma jerarquía. El aumento del aspecto ‘negativo’ del partidismo presenta un panorama bastante diferente.

Yendo a una caracterización un poco más detallada, según Caruana *et al.* el ‘partidismo negativo’ se caracteriza por una “repulsión afectiva hacia un partido que es más estable que un desagrado breve y más fuerte que una opinión pasajera, dependiente en parte de la recopilación y el procesamiento de información selectiva que es capaz de anular la actualización racional” (2015: 772). Es decir, como ya se adelantó en la introducción, en este caso la influencia afectiva principal no es el ‘apego’ hacia el partido propio, sino el rechazo del partido opuesto. Una definición complementaria es la de Alexa Bankert (2021: 89), para quien consiste en “un alto nivel de desprecio por el partido externo (*out-party*), en la medida en que dañar a dicho partido es un impulsor más fuerte del comportamiento político que apoyar al partido interno”. En esta definición, el énfasis de Bankert está puesto en la dinámica intragrupo/extragrupo (*ingroup-outgroup*).

Tomando de ejemplo numerosa evidencia de la polarización norteamericana, se ha encontrado que mientras que el partidismo positivo tiende a permanecer constante, el sentimiento de repulsión hacia el otro partido se ha vuelto mucho más negativo (Bafumi y Shapiro, 2009; Jacobson, 2012; Iyengar *et al.*, 2012; Mason, 2015; Huddy *et al.*, 2015). De allí que otro sesgo que parece tener particular relevancia en el partidismo negativo es el ‘sesgo de negatividad’, a saber, la tendencia a dar mayor

¹⁰Una forma más recurrente de denominar a este sesgo en la literatura especializada es la de ‘efecto contraproducente’ (*backfire effect*).

importancia al aspecto negativo que al positivo, en este caso, en relación con el vínculo con el partido opuesto (Knobloch-Westernwick *et al.*, 2020).

Esta tendencia a prestar especial atención a los aspectos negativos del grupo contrario suele ser traducirse a nivel de la élite política en general y los partidos en particular en un proceso de ‘homogeneización discursiva’, en la cual se enfatiza lo positivo de los valores intragrupales y lo negativo de los valores extragrupales. De hecho, hay consenso respecto de que esta homogeneización a nivel del discurso intragrupal, con el fin de favorecer la formación de preferencias partidistas e ideológicas más consistentes en los ciudadanos, suele ser una estrategia recurrente por parte de los sectores de la ‘élite política’ (Hetherington 2001; Levendusky, 2009; Davis y Dunaway, 2016: 2). Por ejemplo, en relación con el ‘partidismo’ (*partisanship*) en contextos altamente polarizados, Levendusky afirma:

A medida que los partidos se dividen más, envían a los votantes señales progresistas o conservadoras más homogéneas, lo que facilita que los votantes comunes y corrientes adopten la posición de su partido sobre los temas. Estos cambios alejan a los votantes del centro y los acercan a los extremos ideológicos, aumentando así la polarización. Dicha distribución menos centrista y más dividida de la opinión de masas tendría profundas implicaciones para el comportamiento de la élite. (2009: 163)

En otras palabras, una posición se vuelve homogénea al mostrar la dependencia de la respuesta a numerosos problemas de distinto tipo, de un núcleo de ideas básicas. Así, los conservadores tendrían una respuesta a casi todos los problemas que partiría de un núcleo de ideas muy diferente de aquel del que proceden las respuestas ofrecidas por los progresistas. En este sentido, el sector de la élite política tendiente al conservadurismo buscaría justificar todas las políticas que la benefician en términos del núcleo de ideas defendidas por el conservadurismo y algo similar ocurriría con el sector progresista. Esta tendencia a nivel de la élite en general y los partidos en particular se correlacionaría, también, con un aumento en el nivel de polarización política a nivel de la ciudadanía.

En sintonía con la estrategia de homogeneización discursiva, diversos estudios evidencian que el partidismo negativo que caracteriza a una ciudadanía polarizada posee potencial rédito político en términos electorales. En Canadá, Caruana *et al.*

(2014) hallaron que las personas que tenían opiniones negativas sobre un partido poseían menos probabilidad de votarlo y mayor probabilidad de participar en protestas en contra del mismo. Medeiros y Noel (2014) encontraron tendencias similares en Australia, Canadá, Nueva Zelanda, y Estados Unidos, y Rose y Mishler (1998) en varias democracias de Europa del Este¹¹. Teniendo en cuenta esta regularidad, es bastante probable que élites políticas en general y partidos políticos en particular continúen fomentando y profundizando tanto la homogeneización discursiva como el partidismo negativo y, en consecuencia, favoreciendo el aumento de la polarización política.

En el próximo apartado se realizará un análisis de las bases afectivas del partidismo negativo y, paralelamente, de la potencial deshumanización del adversario que pueden favorecer.

III. Implicaciones de la aglutinación identitaria en contextos polarizados

En principio, es necesario partir de una noción amplia de qué es lo que se comprende por ‘emociones morales’. Se trata de “cualquier emoción que lleva a las personas a preocuparse por [el mundo social humano] y a apoyar, hacer cumplir o mejorar su integridad (...)” (Haidt, 2003: 855). Nótese que el énfasis de Haidt está puesto, ante todo, en las emociones morales *positivas*. Según Brady, Crockett y Van Bavel (2020) “[l]as emociones morales se asocian con valoraciones, condiciones desencadenantes y funciones que están específicamente ligadas al contexto de la moral (p. ej., indignación moral, desprecio, asco moral, vergüenza, elevación)”. Aunque existe un amplio abanico de emociones morales que subyacen al partidismo negativo, una de las más trabajadas en la literatura relacionada con la polarización política y que evidencia estar presente en los contextos altamente polarizados en general es la ‘indignación moral’ (*moral outrage*). Esta puede ser definida como “una emoción negativa intensa que combina ira y repugnancia provocada por la percepción de que alguien violó una norma moral” (Carpenter *et al.*, 2021; sintetizando a Salerno y Peter-Hagene, 2013).

¹¹ En relación con el caso argentino, las producciones académicas sobre la polarización política en general son especialmente escasas. No obstante, como referencia de investigación pueden mencionarse los estudios realizados por Kessler *et al.* (2020); Kessler y Vommaro (2021); Zunino, Kessler y Vommaro (2022). Otra referencia importante es la de Aruguete y Calvo (2020); Calvo y Aruguete (2023).

De manera similar a lo que sucede con la identidad partidista, la ‘indignación moral’ no necesariamente posee consecuencias políticamente negativas, de hecho, es un factor importante a la hora de motivar la consecución de una mayor igualdad de derechos, como por ejemplo para reclamar justicia ante posibles actos de orden xenofóbico o sexista. Se convierte en un problema cuando se la enmarca en un contexto social afectivamente polarizado: mientras que en un contexto no polarizado la indignación moral podría depender, *ceteris paribus*¹², de la violación de normas sociales culturalmente compartidas (por poner algunos ejemplos dispares, maltratar una mascota, insultar a un colega o colarse en la fila del supermercado), en una sociedad con una polarización alta aquello que sea interpretado como violación de una norma dependerá del polo al que pertenezca quien lo percibe.

De hecho, no es necesario que se trate de una acción, incluso una afirmación sobre cierta cuestión de orden social y/o política puede suscitar indignación moral. Por poner un caso concreto, si una persona expresa una opinión positiva sobre los planes sociales, es bastante probable que a alguien con una clasificación partidista-ideológica conservadora pueda resultarle moralmente indignante, es decir, percibirá dicha opinión como la violación de una norma moral. Una justificación posible de esa indignación sería que, por ejemplo, con los planes sociales se estaría fomentando una cultura que no valora el esfuerzo y el trabajo. Paralelamente, es probable que alguien con una clasificación partidista-ideológica progresista perciba este tipo de opiniones negativas sobre los planes sociales como la violación de una norma por el hecho de que, por ejemplo, no se estaría teniendo en cuenta el rol de este tipo de programa de gobierno en la disminución de la desigualdad social. Nuevamente, aquello que se interprete como ‘violación de la norma’ variará según se pertenezca a uno u otro polo.

En términos de Carpenter *et al.* (2021), en un contexto de polarización afectiva, la indignación moral expresada en medios digitales conduce a dos fenómenos concretos. En primer lugar, favorece un ‘antagonismo grupal’, es decir, una antipatía hacia los oponentes. Se trata de una carga emotiva y moralizante en la caracterización de los individuos y grupos relacionados con el partido contrario que suele ser utilizada en los discursos de los políticos profesionales, dado que es más probable que la

¹² Se incluyó tanto el potencial como el latinismo académico porque hay otras variables importantes que dificultan hablar de normas sociales compartidas por toda una cultura, como sucedería, por ejemplo, con diferencias de orden religioso. A su vez, el fenómeno denominado ‘globalización’ suele dificultar cada vez más el suponer homogeneidades culturales.

moralización del debate capte de una manera más efectiva la atención de la audiencia (Brady *et al.*, 2019; Gantman y Van Bavel, 2014) y favorezca una interpelación emocional mayor (Brady *et al.*, 2017). Por plantearlo en términos más llanos y siguiendo lo ya sugerido más arriba, el utilizar un lenguaje emotivamente cargado, fundado en la acusación de que el grupo antagonista es inmoral, suele generar mayor rédito político. Al igual que sucedía con la homogeneización discursiva y el partidismo negativo, fomentar la indignación moral suele ser una estrategia utilizada por parte de la ‘élite política’ en general y los ‘partidos’ en particular con el fin de obtener un electorado más fiel y predecible.

En segundo lugar, la indignación moral, siendo que el alto grado de antagonismo grupal de un contexto afectivamente polarizado lleva a reconocer como inmoral a un otro por el simple hecho de que es parte o posee cercanía ideológica con el partido contrario, conduce también a una ‘deshumanización’ de los oponentes, esto es, a una incapacidad, más o menos consciente, de reconocer ciertos atributos mentales en esos otros¹³. Siguiendo a Carpenter *et al.*, 2021, en relación particularmente con estudios sobre cómo el partidismo negativo se manifiesta en los medios digitales, la deshumanización puede ser de dos tipos:

1. Negación de agencia: el oponente no posee capacidad de tomar decisiones razonables.
2. Negación de sentimiento: el oponente no posee la capacidad de sentir (por ejemplo, dolor).

Retomando la conceptualización de Mason (2015), el nivel de deshumanización que puede verse desplegado en los medios digitales estaría correlacionado con una fuerte clasificación partidista-ideológica. De hecho, en condiciones de polarización alta, la clasificación identitaria puede ir aún más lejos. Esto sucede cuando las identidades ideológica y partidista coinciden también con otras identidades sociales, como por ejemplo la identidad religiosa. Yendo a un ejemplo argentino reciente, en 2020, durante la votación de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en la Cámara de Diputados y en el Senado pudo verse que, en la mayoría de los casos, los representantes del partido conservador tendieron a la defensa de una posición ‘provida’ (generalmente ligada a una identidad religiosa) y los del partido progresista apoyaron la postura ‘proelección’

¹³ Respecto de los niveles menos conscientes de deshumanización resultan imprescindibles los estudios de Leyens *et al.* (2000) sobre el fenómeno de la ‘infracomunicación’.

(generalmente ligada a una identidad laica)¹⁴. La coincidencia no se limitó a nivel de diputados y senadores, sino que consistió en una división partidista-religiosa observable también en la ciudadanía presente en las calles.

Un ejemplo de aglutinación identitaria aún mayor es el mencionado por el psicólogo Jesse Prinz en relación con parte del electorado que apoya a Donald Trump (2021: 17). Para algunos ‘trumpistas’, poner en cuestión la gestión del magnate representa una amenaza no solamente a sus identidades ideológica y partidista, sino también a su identidad cristiana, su masculinidad e incluso su ‘blanquedad’¹⁵. Siguiendo a Mason y Wronski (2018), cuando varias identidades están fuertemente alineadas, la amenaza a una de ellas afecta el estado de muchas otras. De este modo, la identidad partidista en un contexto afectivamente polarizado se presenta no solamente como una identidad *social*, sino como un eje rector de la identidad *personal* (Prinz, 2016). Este fenómeno permite comprender por qué puede suceder que una persona con una férrea identidad partidista no posea necesariamente una toma de posición propia sobre cuestiones particulares como, por ejemplo, el aumento de los impuestos o los beneficios para desempleados. Como bien resume Prinz:

Nuestro partidismo puede seguir siendo apasionado incluso si nuestras preferencias políticas no son personales. Eso se debe a que el partidismo en sí mismo es personal. Cuando alguien desafía a nuestro partido, es el ego propio el que está en juego. La animosidad que poseemos hacia opositores políticos es una forma de vigilar la fachada del edificio que da forma a nuestras identidades. Cuando bajamos la guardia, corremos el riesgo de que ocurra una rotura estructural. En algún sentido sentimos que, sin esos

¹⁴ Vale resaltar que hubo ciertos matices que, a nivel de las características de la discusión política partidaria argentina, contrastan con los niveles de clasificación identitaria que se observa en países como los Estados Unidos. Por ejemplo, algunos diputados asociados a partidos conservadores defendieron una posición proelección y algunos diputados asociados a partidos progresistas defendieron una posición provida. No obstante, nuevamente, en la mayoría de los casos hubo coincidencia entre las identidades ideológica y religiosa.

¹⁵ Otro ejemplo llamativo de la polarización estadounidense es que, según afirman algunos de sus estudiosos, la identidad partidista de una persona puede incluso condicionar la preferencia del tipo de auto, de deporte, dónde compra el café, qué cerveza o refrigerio consume, e incluso qué mascota elige (Hetherington y Weiler, 2018; Prinz, 2021: 16). Resulta difícil aseverar que algo de semejante magnitud ocurra en el consumo de los argentinos, pero no tanto porque de hecho no esté ocurriendo, sino por la ausencia de estudios empíricos al respecto.

contornos rígidos, podríamos dejar de existir; perderíamos los muros que nos mantienen reconociblemente intactos. (2021: 19)

Por tanto, cuando el nivel de clasificación aumenta y son varias las identidades que coinciden entre sí, la persona se vuelve más susceptible a interpretar como moralmente indignante acciones o afirmaciones que pongan en duda o cuestionen aspectos de alguna de ellas. Esto podría llevar incluso a que la situación que suscita indignación no esté conectada, a primera vista al menos, con su identidad partidista. Por ejemplo, a un individuo clasificado a nivel partidista-ideológico podría resultarle moralmente indignante entrar a la sala de espera de una clínica y ver que en la televisión está puesto un canal de noticias con un sesgo diferente al propio.

Lillian Mason y Nicholas Davis poseen un término para esta convergencia identitaria que va aún más allá de la ‘clasificación partidista-ideológica’. Se trata de una ‘clasificación sociopartidista’ (*socio-partisan sorting*) y es un fenómeno característico de sociedades con un alto nivel de polarización afectiva (2015: 3). Analizando sus efectos en la población norteamericana, los investigadores llegan a una conclusión similar a la de Prinz:

(...) a medida que los partidos políticos se alinean cada vez más con identidades religiosas y raciales, los partidistas individuales se clasifican cada vez más ideológicamente tanto a nivel social como temático (aunque, lo que es más importante, los efectos sociales no dependen enteramente de las opiniones sobre cierto tema). Nuestros análisis indican que esta clasificación sociopartidista es capaz de (1) polarizar a la nación en una variedad de posiciones temáticas, no simplemente las cuestiones relevantes para una o dos identidades particulares, e (2) impulsar formas de polarización social que superan los meros desacuerdos temáticos. En resumen, a medida que las identidades religiosas y raciales se alinean con las partidistas, los estadounidenses no sólo discrepan más en una variedad de cuestiones sustanciales, sino que también poseen aversión entre sí en un nivel más primario. (Mason y Davis, 2015: 4)

Por tanto, en síntesis, a medida que aumenta el partidismo negativo a nivel de la élite política y de la ciudadanía en general, se incrementan los niveles de clasificación partidista-ideológica o, en un nivel mayor, de clasificación sociopartidista. A su vez, el partidismo negativo suele estar estrechamente asociado a

emociones morales como la indignación moral, en la cual el miembro extragrupal (el del polo opuesto al propio) termina por ser percibido, por creer lo que cree y actuar como actúa, como un individuo inmoral que merecería recibir algún tipo de reprimenda. El aumento del partidismo negativo, la indignación moral y la hostilidad intergrupal favorecen, al mismo tiempo, la emergencia y difusión de afirmaciones deshumanizantes de los miembros del grupo externo (del polo opuesto).

IV. Conclusiones

A la luz de lo expuesto en este artículo, las implicaciones del ‘partidismo negativo’ evidencian ir mucho más allá de una simple oposición a nivel de los partidos políticos. En contextos altamente polarizados, fenómenos como el antagonismo grupal y la deshumanización, asentados en una indignación moral antagónica, se fundan en una aglutinación de diversas categorizaciones externas que impactan a nivel de la identidad personal de los individuos (autoidentificación interna). Dicho proceso favorece un tipo de clasificación que puede exceder la convergencia entre las identidades partidista e ideológica, llegando a incluir aspectos identitarios diversos y a primera vista no relacionados con lo político (p. ej., en qué medio confía, a qué eventos asiste o a qué artistas sigue), dando lugar a una ‘clasificación sociopartidista’.

A nivel político, el partidismo negativo, el cual suele ser fomentado por la élite política para favorecer partidistas más fieles, homogéneos y predecibles, favorece un aumento de la representatividad de los extremos ideológicos y una progresiva borrada de los grados intermedios entre ambos. A los problemas más evidentes de orden político, esto es, la dificultad de que exista acuerdos posibles entre los partidos, se suma uno de orden ético: la conflictividad dista de limitarse únicamente a nivel de la élite política, también se desborda hacia la ciudadanía. Un nivel de clasificación sociopartidista puede habilitar a nivel del fuero interno de los ciudadanos enmarcados en un contexto altamente polarizado un mayor número de posibles excusas para que una persona y/o un grupo ‘justifique’ por qué es necesario tener parámetros de moral diferentes con los individuos extragrupales: siendo que aquellos que pertenecen al partido opuesto poseen creencias, convicciones y acciones

que resultan moralmente indignantes, deberían poseer un estatus moral menor y deberían recibir algún tipo de castigo¹⁶.

Según lo desarrollado, aunque son varias las posibles causas de la polarización política, siendo que una ciudadanía altamente polarizada se correlaciona con una mayor predictibilidad, fidelidad y apego para con el partido con el cual se identifica (sea el conservador, sea el progresista), resulta plausible suponer que tanto la 'élite política' en general como los 'partidos políticos' en particular poseerán un gran incentivo no sólo para no disminuir la polarización, sino para contribuir a que se mantenga constante o incluso para aumentarla. Es por esta razón que, teniendo en cuenta las graves consecuencias que conlleva un aumento irrestricto de la polarización política, el investigar con seriedad sus posibles causas, así como también el buscar soluciones plausibles y con asidero en lo concreto, representan empresas de suma urgencia.

Agradecimientos

El autor agradece al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina) y a la Universidad Nacional de La Plata por el apoyo financiero. También agradece los doctores Martín Daguerre (UNLP, Argentina), Leonardo González Galli (UBA, Argentina) y Antonio Diéguez (UMA, España) por sus comentarios y sus críticas constructivas en el desarrollo de estas ideas. Por último, agradece los enriquecedores aportes de los revisores anónimos y el trabajo de los editores de IESPyC.

¹⁶ De hecho, en condiciones de una polarización afectiva alta incluso el rol moderado terminaría siendo visto con sospecha, dado que no estaría cumpliendo con las señales que debería exhibir un individuo clasificado a nivel partidista-ideológico o sociopartidista. Se explorará este punto en próximas producciones.

Bibliografía

- Abramowitz, A. I. (2015). The new American electorate. *American gridlock: The sources, character, and impact of political polarization*, 19, 408-46.
- Arbatli, E., & Rosenberg, D. (2021). United we stand, divided we rule: how political polarization erodes democracy. *Democratization*, 28(2), 285-307.
- Aruguete, N., & Calvo, E. (2020). Coronavirus en Argentina: Polarización partidaria, encuadres mediáticos y temor al riesgo. *Revista Saap*, 14(2), 280-310.
- Bafumi, J., & Shapiro, R. Y. (2009). A new partisan voter. *The journal of politics*, 71(1), 1-24.
- Bankert, A. (2021). Negative and positive partisanship in the 2016 US presidential elections. *Political Behavior*, 43(4), 1467-1485.
- Bartels, L. M. (2002). Beyond the running tally: Partisan bias in political perceptions. *Political behavior*, 24, 117-150.
- Best, H., & Higley, J. (2018). *The Palgrave handbook of political elites: Introduction* (pp. 1-6). Palgrave Macmillan UK.
- Brady, W. J., Crockett, M. J., & Van Bavel, J. J. (2020). The MAD model of moral contagion: The role of motivation, attention, and design in the spread of moralized content online. *Perspectives on Psychological Science*, 15(4), 978-1010.
- Brady, W. J., Wills, J. A., Burkart, D., Jost, J. T., & Van Bavel, J. J. (2019). An ideological asymmetry in the diffusion of moralized content on social media among political leaders. *Journal of Experimental Psychology: General*, 148(10), 1802.
- Brady, W. J., Wills, J. A., Jost, J. T., Tucker, J. A., & Van Bavel, J. J. (2017). Emotion shapes the diffusion of moralized content in social networks. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114(28), 7313-7318.
- Brewer, M. B. (1999). The psychology of prejudice: Ingroup love and outgroup hate?. *Journal of social issues*, 55(3), 429-444.
- Brewer, M. B., & Pierce, K. P. (2005). Social identity complexity and outgroup tolerance. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31(3), 428-437.
- Brubaker, R., & Cooper, F. (2000). Beyond "identity". *Theory and society*, 29(1), 1-47.
- Calvo, E. & Aruguete, N. (2023). *Nosotros contra ellos. Cómo trabajan las redes para confirmar nuestras creencias y rechazar las de los otros*. Siglo XXI

- Campbell, A., Converse, P., Miller W. & Stokes, D. (1960). *The American Voter*. John Wiley & Sons.
- Carpenter, J., Brady, W., Crockett, M., Weber, R., & Sinnott-Armstrong, W. (2020). Political polarization and moral outrage on social media. *Conn. L. Rev.*, 52, 1107.
- Caruana, C. M., McGregor, R. M., Moore, A. A., & Stephenson, L. B. (2018). Voting “Ford” or against: Understanding strategic voting in the 2014 Toronto municipal election. *Social Science Quarterly*, 99(1), 231-245.
- Caruana, N. J., McGregor, R. M., & Stephenson, L. B. (2015). The power of the dark side: Negative partisanship and political behaviour in Canada. *Canadian Journal of Political Science/Revue canadienne de science politique*, 48(4), 771-789.
- Dalton, R. J. (2016). Party identification and its implications. *Oxford research encyclopedia of politics*.
- Davis, N. T., & Dunaway, J. L. (2016). Party polarization, media choice, and mass partisan-ideological sorting. *Public Opinion Quarterly*, 80(S1), 272-297.
- Deaux, K. (1994). Social identity. *Psychologist-Leicester*, 7, 259-259.
- Ehrlinger, J., Readinger, W. O., & Kim, B. (2016). Decision-making and cognitive biases. *Encyclopedia of mental health*, 12(3), 83-87.
- Gantman, A. P., & Van Bavel, J. J. (2014). The moral pop-out effect: Enhanced perceptual awareness of morally relevant stimuli. *Cognition*, 132(1), 22-29.
- Gidron, N., Adams, J., & Horne, W. (2018). How ideology, economics and institutions shape affective polarization in democratic polities. En *Annual conference of the American political science association*.
- Green, D. P., Palmquist, B., & Schickler, E. (2004). *Partisan hearts and minds: Political parties and the social identities of voters*. Yale University Press.
- Haidt, J. (2003). The moral emotions. *Handbook of affective sciences*, 11(2003), 852-870.
- Hetherington, M. J. (2001). Resurgent mass partisanship: The role of elite polarization. *American political science review*, 95(3), 619-631.
- Hetherington, M., & Weiler, J. (2018). *Prius or pickup?: How the answers to four simple questions explain America's great divide*. Houghton Mifflin.
- Huddy, L., Mason, L., & Aarøe, L. (2015). Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1-17.

- Huddy, L., Mason, L., & Aarøe, L. (2015). Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1-17.
- Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., & Westwood, S. J. (2019). The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual review of political science*, 22, 129-146.
- Iyengar, S., Sood, G., & Lelkes, Y. (2012). Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization. *Public opinion quarterly*, 76(3), 405-431.
- Iyengar, S., Sood, G., & Lelkes, Y. (2012). Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization. *Public opinion quarterly*, 76(3), 405-431.
- Jacobson, G. C. (2012). The electoral origins of polarized politics: Evidence from the 2010 cooperative congressional election study. *American Behavioral Scientist*, 56(12), 1612-1630.
- Jenkins, R. (2014). *Social identity*. Routledge.
- Kessler, G., & Vommaro, G. (2021). Polarización, consensos y política en la sociedad argentina reciente. *Documentos de trabajo Fundar*. Disponible en <https://www.fundar/publicacion/polarizacion-consensos-y-politica-en-la-sociedad-argentina-reciente>.
- Kessler, G., Focás, B., Zárate, J. & Feuerstein, E. (2020). Los divergentes en un escenario de polarización. Un estudio exploratorio sobre los “no polarizados” en controversias sobre noticias de delitos en la televisión argentina. *Revista SAAP*, 14(2), 311-340.
- Knobloch-Westerwick, S., Mothes, C., & Polavin, N. (2020). Confirmation bias, ingroup bias, and negativity bias in selective exposure to political information. *Communication research*, 47(1), 104-124.
- Lariguet, G. (2023). *El odio y la ira. Furias desatadas en la democracia actual*. Protohistoria.
- LeBas, A. (2018). Can polarization be positive? Conflict and institutional development in Africa. *American Behavioral Scientist*, 62(1), 59-74.
- Levendusky, M. (2009). *The partisan sort: How liberals became Democrats and conservatives became Republicans*. University of Chicago Press.
- Leyens, J. P., Paladino, P. M., Rodríguez-Torres, R., Vaes, J., Demoulin, S., Rodríguez-Perez, A., & Gaunt, R. (2000). The emotional side of prejudice: The attribution of secondary emotions to ingroups and

- outgroups. *Personality and social psychology review*, 4(2), 186-197.
- Lupu, N. (2015). Party polarization and mass partisanship: A comparative perspective. *Political Behavior*, 37, 331-356.
- Mackie, D. M., Devos, T., & Smith, E. R. (2000). Intergroup emotions: explaining offensive action tendencies in an intergroup context. *Journal of personality and social psychology*, 79(4), 602.
- Maldonado, M. A. (2016). *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*. Página Indómita, 2016, 438 pp.
- Malka, A., & Lelkes, Y. (2010). More than ideology: Conservative–liberal identity and receptivity to political cues. *Social Justice Research*, 23, 156-188.
- Mason, L. (2015). “I disrespectfully agree”: The differential effects of partisan sorting on social and issue polarization. *American journal of political science*, 59(1), 128-145.
- Mason, L., & Davis, N. (2015). A New Identity Politics: How Socio-partisan Sorting Affects Affective and Ideological Polarization in American Politics. En *annual meeting of the American Political Science Association, San Francisco*.
- Mason, L., & Wronski, J. (2018). One tribe to bind them all: How our social group attachments strengthen partisanship. *Political Psychology*, 39, 257-277.
- McCoy, J., Rahman, T., & Somer, M. (2018). Polarization and the global crisis of democracy: Common patterns, dynamics, and pernicious consequences for democratic polities. *American Behavioral Scientist*, 62(1), 16-42.
- Medeiros, M., & Noël, A. (2014). The forgotten side of partisanship: Negative party identification in four Anglo-American democracies. *Comparative Political Studies*, 47(7), 1022-1046.
- Oswald, M. E., & Grosjean, S. (2004). Confirmation bias. *Cognitive illusions: A handbook on fallacies and biases in thinking, judgement and memory*, 79, 83.
- Pérez Zafrilla, P. J. (2022). Cómo la polarización política amenaza la democracia... y cómo afrontarlo. *Análisis político*, 35(104), 91-111.
- Prinz, J. (2016). Emotions, morality, and identity. En S. Graça Da Silva (Ed.), *Morality and emotion* (pp. 13–34). Routledge.
- Prinz, J. (2021). Emotion and political polarization. *The politics of emotional shockwaves*, 1-25.

- Ridge, H. M. (2022). Enemy mine: Negative partisanship and satisfaction with democracy. *Political Behavior*, 44(3), 1271-1295.
- Robison, J., & Moskowitz, R. L. (2019). The group basis of partisan affective polarization. *The Journal of Politics*, 81(3), 1075-1079.
- Roccas, S., & Brewer, M. B. (2002). Social identity complexity. *Personality and social psychology review*, 6(2), 88-106.
- Rose, R., & Mishler, W. (1998). Negative and positive party identification in post-communist countries. *Electoral studies*, 17(2), 217-234.
- Salerno, J. M., & Peter-Hagene, L. C. (2013). The interactive effect of anger and disgust on moral outrage and judgments. *Psychological science*, 24(10), 2069-2078.
- Santoso, L. P. (2020). Partisan bias in economic perceptions. En Oscarsson, H., & Holmberg, S. (Eds.), *Research Handbook on Political Partisanship* (pp. 294-307). Edward Elgar Publishing.
- Smith, E. R., Seger, C. R., & Mackie, D. M. (2007). Can emotions be truly group level? Evidence regarding four conceptual criteria. *Journal of personality and social psychology*, 93(3), 431.
- Suárez-Ruíz, E. (2021). La polarización política como problema de salud pública durante la pandemia de COVID-19. *Cuadernos filosóficos Segunda época* (18). DOI: <https://doi.org/10.35305/cf2.vi18.130>
- Tajfel, H. (1972). Some developments in European social psychology. *European Journal of Social Psychology*, 2(3)..
- Tajfel, H., & Turner, J. C. (1986). The social identity theory of intergroup behaviour. En S. Worchel, & W. G. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations*. Nelson-Hall.
- Wright, M. C. (2020). The power elite. En E. Etzioni-Halevy (Ed.), *Classes and Elites in Democracy and Democratization* (pp. 71-77). Routledge.
- Zunino, E., Kessler, G., & Vommaro, G. (2022). Consumo de información en redes sociales en tiempos de pandemia. Evidencias del caso argentino. *In Mediaciones de la Comunicación*, 17(1), 129-161.